

Reseñas

Mols, Manfred, *Mexiko im 20. Jahrhundert*, Paderborn, Ferdinand Schöningh Verlag, 1981, 464 págs.

DENTRO de la actual problemática Norte-Sur, el ejemplo de México ha destacado como caso fortuito de las posibilidades de desarrollo. La combinación inusitada de una larga estabilidad política (aun con agudas crisis) y un sostenido crecimiento económico (aun con altibajos) cimentó aparentemente una experiencia con la que pocos países han podido rivalizar. Aunque la brillantez del éxito mexicano se haya manchado en los últimos tiempos, ello no descarta una búsqueda de aquellos elementos que han conformado la "receta nacional" o vía mexicana de desarrollo.

Con igual sostén se ha establecido una tradición académica, principalmente por norteamericanos, para estudiar de manera integral y con profundidad la experiencia de México como nuevo y a la vez viejo estado-nación. Es en esta gran tradición de los Tannenbaum, Brandenburg, Scott, Padgett, Hansen y otros en la cual debe ubicarse el presente trabajo de Manfred Mols, politólogo alemán de Maguncia (aunque el autor niega esta "conexión" para su estudio).

El interés central de la investigación lo constituyen, como su título lo indica, "el sistema político, el proceso de gobernar y la

participación política". La perspectiva analítica se filtra a través de la situación actual de las estructuras políticas con la vista vuelta hacia atrás para aislar e incorporar aquello de la historia mexicana que ayude a comprender los procesos y elementos políticos de hoy. Con breves y sobre todo precisos bosquejos el autor logra establecer un *collage* estructural de los rasgos histórico-sociales, culturales y hasta psicológicos que de alguna manera, según juicio del autor, tuvieron incidencia en la conformación del sistema político mexicano. En esta tarea procede consecuentemente, no siempre de una manera cronológica, anteponiendo antiguos testimonios a los actuales para enmarcar una continuidad concreta entre pasado y presente.

Las primeras dos secciones del estudio fundamentan esta argumentación histórico-analítica y abarcan desde tiempos precolombinos hasta nuestros días. En esta cuasi reseña se contrasta hábilmente realidad y ficción de aquello que los distintos períodos significan o pudieron haber significado para el desarrollo de las instituciones y procesos políticos. Esta peculiar mezcla de autoritarismo con elementos democráticos en la articulación del sistema político, por ejemplo, así como la personalización de arreglos institucionales o la característica relación entre un Estado dominante y una sociedad dominada se aíslan, entre otros, como elementos que encuentran sus raíces en la experiencia histórica de México. Incluso a la crisis de legitimación iniciada a fines de los años sesenta del presente siglo, se le da este tratamiento para lograr anclar firmemente no sólo los antecedentes estructurales del sistema político y sus manifestaciones, sino también su naturaleza integrada a una experiencia de verdaderos sujetos históricos.

A partir de estos antecedentes, el autor monta en un segundo paso el ámbito inmediato material de las interrelaciones entre economía, estructura de clase y posición internacional del país. Se persigue la simple idea de que estas bases estructurales condicionan el marco en el cual se debe desarrollar el sistema político. Las expresiones del poder siempre han implicado cambios en el nivel socioeconómico y a la vez han sido alteradas por las consecuencias de estos cambios. Datos y argumentos de esta tercera sección no añaden nada nuevo sobre el desenvolvimiento del "milagro mexicano", fuera de una presentación corta pero no por ello menos precisa. Se trata esencialmente de descripciones sobre el comportamiento de la economía durante el largo período del "desarrollo estabilizador" y su momentáneo fin ("desarrollo compartido"), los movimientos demográficos con sus implicaciones para la estructura social, así como el lugar de México entre

las naciones con especial énfasis en las relaciones bilaterales con Estados Unidos.

Con el establecimiento de las condiciones histórico-estructurales, el autor comienza su estudio principal del sistema político con un análisis de los "niveles y estructuras de la participación política". En un primer acercamiento trata de establecer un común denominador de lo que en cuanto a cultura política mexicana se refiere, retomando básicamente resultados de lo investigado por Scott y por Almond y Verba sobre la cultura cívica. Es aquí donde de alguna manera el autor se sale del territorio "neutral" de la descripción y pasa a valorar una supuesta condición premoderna o subdesarrollada de la cultura política mexicana. Enmarca una serie de contradicciones en el comportamiento político de los mexicanos concluyendo finalmente que "la cultura política favorece al sistema político, pero no sostiene al Estado. Facilita al régimen el ejercicio de la dominación (Herrschaft), pero no se puede convertir en promotor de una modernización política". Sobre esta tesis, de que México no sólo no representa una democracia burguesa, sino que además se mueve hacia la despolitización de los procesos de dominación, el autor disertará en los siguientes capítulos sobre los principales sectores o grupos de presión en el sistema político. Se trata de un análisis convencional del partido oficial y sus tres sectores, de los partidos de oposición, de la iniciativa privada y sus interrelaciones a través del supuesto modo democrático de articulación política: las elecciones. Como retomaremos este aspecto más tarde, es curioso que el autor siga tan fielmente los lineamientos concretos que el mismo sistema señala para sus componentes.

La quinta sección tiene como objetivo único el estudio del Estado entendido como gobierno. A partir del reconocimiento del manejo relativamente exitoso del Estado en cuestiones de desarrollo —véase la larga estabilidad política en un ámbito de cambio constante— el autor contrasta aspiraciones de administración y política en los tres niveles de gobierno: central, estatal y municipal, así como la supuesta separación de poderes con la realidad de una sobrecentralización y la sumisión de las demás ramas del sistema político bajo el dominio del ejecutivo. Esta parte constituye también un esfuerzo de síntesis apoyado en una serie de estudios particulares. Así por ejemplo, sigue la vieja distinción entre funcionarios políticos y técnicos que se ha cuestionado últimamente. Problemas de personalismo en sus distintas expresiones en el nivel presidencial (exclusividad de poder) o en el nivel de masas (populismo) se toman en su significado aparente sin cues-

tionar sus bases teóricas. Es claro que también aquí se confirma aquello que el lector, ya predispuesto por las secciones anteriores, sospechaba en cuanto a un abismo entre realidad o práctica política por un lado y las aspiraciones o metas constitucionales por el otro.

Por último, la sexta parte sobre “la peculiaridad del sistema político mexicano” constituye la parte sintética y sobre todo innovadora del estudio, no únicamente porque el autor se atreve a especular sobre el futuro de las instituciones, sino también por su hábil integración de las partes económicas con las históricas llevando a un juicio apto y realista para el sistema político en general. La tesis central argumenta que el desarrollo político (*¡sic!*) no ha ido a la para con el desarrollo socioeconómico y cultural. Para hacer explícita esta tesis, el autor analiza una serie de mecanismos políticos, con todo su significado cualitativo, de “compromiso-respaldo-apoyo”, que en la negociación política han utilizado la cooptación y el control siguiendo la vieja tradición de *divide et impera*. El autor identifica varios factores de estabilidad y desestabilización que se agrupan de la siguiente manera:

- factores de “pan y palo” que tienen antecedentes políticos hasta los tiempos anteriores al Porfiriato;
- factores extrapolíticos que se basan en el crecimiento económico y la movilidad social;
- factores que se relacionan con los logros posrevolucionarios particularmente después de la época cardenista, y
- factores que tienen que ver con la posición internacional del país.

Las interrelaciones de estos factores, así como el conjunto, determinan el futuro político de México, su flexibilidad para responder a retos cada vez más profundos. Por ejemplo, la rotación de puestos en cada administración depende en cierta medida de un crecimiento económico sostenido, pues sin aumentar la riqueza general no se obtiene la base material para la “gratificación” del servicio al Estado. Según el autor, los cambios hacen que la “receta nacional” se esté convirtiendo paulatinamente en camisa de fuerza que sólo por la fuerza se puede romper. La velocidad de cambio político (reforma política bajo López Portillo) no concuerda con la velocidad de cambio en la sociedad. La necesidad de una *reestructuración total* del sistema político mexicano no se puede posponer más y su orientación central debe ser la crea-

ción de una base de apoyo que penetre todos los estratos de la sociedad. Solamente un consenso político basado en la participación colectiva puede lograr esta restructuración reformista, sin que la violencia gane quizás esta carrera por mantener la estabilidad.

El autor demuestra un profundo conocimiento de la realidad mexicana. Incluso señala una gran sensibilidad frente a lo que *significa* la mexicanidad de las instituciones y de los actores. Su hábil reconstrucción histórica que incorpora a su análisis del sistema político contemporáneo ha sido un gran logro que ninguno de los grandes estudios aludidos ha podido hacer (con la pequeña excepción quizás de Brandenburg). Pocos mexicanos, conocedores del sistema político, estarían en desacuerdo con sus conclusiones ni con la mayoría de sus conceptos. Sin embargo, muchos tendrían graves objeciones en cuanto a la perspectiva general del estudio que es estrechamente estructural-funcional. La búsqueda por razón y causalidad se agota en una amplia descripción que no es suficiente para propósitos de explicación. Incluso la misma reconstrucción teórica se basa, como Marx diría, en el mundo de las apariencias, sin que el autor trate de establecer un marco general de relaciones *teóricamente significativas*. Pero esta objeción solamente vale como crítica interna que, considerando el propósito del estudio, fácilmente se le puede relegar como algo "irrelevante".

En general, el trabajo recopila el conocimiento actual sobre el sistema político mexicano, actualiza la investigación hasta hoy en día y, de una manera definitiva, representa lo que se puede considerar como juicio autorizado y generalmente aceptado sobre lo que es el orden político de México.

RAINER GODAU

Catalina Wainerman y Zulma Recchini de Lattes, *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados*, The Population Council (Oficina Regional para América Latina y el Caribe) y Editorial Terra Nova, S.A., México, 1981.

El trabajo femenino en el banquillo de los acusados es una obra bien realizada, que desglosa, evalúa y ofrece sugerencias de gran utilidad en torno a los problemas que afectan la definición y medición del trabajo femenino. Las fuentes de observación y reflexión sobre las que se basa el libro son los censos de población,

encuestas de hogares y demográficas realizadas en América Latina y el Caribe alrededor de 1970.

Las últimas dos décadas han visto proliferar numerosas denuncias, debates e investigaciones académicas sobre la condición de la mujer en las sociedades desarrolladas y en desarrollo. En lo que respecta a la participación femenina en actividades económicas se ha hecho especial hincapié en cuestionar la concepción tradicional de la mujer-ama de casa como persona inactiva, y por lo tanto, sujeta a opresión y discriminación social.

Los quehaceres domésticos que desempeña la mujer en el ámbito de su hogar no se contabilizan dentro de la producción social, y las tareas económicas —tradicionalmente consideradas como tales— que realiza no se captan adecuadamente en muchos instrumentos diseñados para tal fin. El énfasis del libro de C. Wainerman y Z. Recchini de Lattes está puesto en los problemas de captación señalados en segundo lugar; demuestra de manera convincente que los censos de población adolecen de serias fallas para definir y medir la actividad económica, principalmente en lo que se refiere al trabajo femenino.

El libro consta de un capítulo introductorio, un segundo en que se abordan las principales teorías o enfoques en la temática del trabajo femenino, un tercero que desmenuza los problemas subyacentes al diseño de preguntas y recomendaciones internacionales sobre actividad económica, instrucciones que reciben los empadronadores a través de los cuestionarios o manuales respectivos, etc., y un cuarto y último en el que se exponen la evaluación y sugerencias de las autoras para mejorar la validez de la información censal sobre la condición de actividad femenina. El libro se apoya en numerosos cuadros y figuras de cuestionarios de censos y encuestas analizados que facilitan en gran medida la exposición y desarrollo de los argumentos. Veamos de manera somera el contenido de *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados*, seguido de mis apreciaciones —apenas unas cuantas— sobre el particular.

Las autoras consideraron importante preceder su análisis detallado de los instrumentos de recolección de información, como son los censos y encuestas, de una pequeña reflexión sobre teorías o enfoques en el estudio del trabajo femenino. Se detallan en este sentido la teoría neoclásica de la oferta de mano de obra (*New Home Economics*), aquellos trabajos que enfocan la relación entre desarrollo económico y mano de obra femenina, los estudios empíricos sobre determinantes de la participación de la mujer en el mercado laboral, las investigaciones sobre “uso del tiempo”, y

el enfoque marxista del trabajo doméstico. Al final de cada sección en que se presentan contribuciones y limitaciones de cada teoría o manera particular de tratamiento del trabajo de la mujer, se presenta un cuadro clasificatorio de variables conceptuales, variables empíricas y autores involucrados. Esta aproximación no es siempre adecuada en algunos casos, pero es de mucha utilidad en otros.

Después de esta revisión conceptual, el lector es llevado de manera un tanto brusca —aunque ésta tal vez sea un obstáculo insalvable dado el objetivo del libro— al capítulo central de la obra. Allí se abordan de manera pormenorizada los problemas que afectan la recolección de información sobre actividad económica de la población en censos y encuestas en América Latina y el Caribe. El análisis es cuidadoso, basado en una amplia experiencia en investigación sobre el particular, y la revisión supone un trabajo de gran minuciosidad al revisar exhaustivamente gran cantidad de boletas censales, cuestionarios e instructivos para empadronadores.

La evaluación de los censos abarca: 1) las recomendaciones internacionales, donde se detectan problemas de inconsistencia como los referidos al establecimiento de un tiempo mínimo de trabajo para considerar a una persona como “trabajador familiar no remunerado” y el que no se fije ningún tiempo en la definición de “activo”; 2) problemas de redacción de las preguntas, inconsistencias entre los manuales de empadronadores y la cédula censal, ordenamiento de las preguntas con preferencia de las de inactividad sobre las de actividad, posibilidad de elegir sólo una entre varias posibilidades, prejuicios en la elaboración de los instructivos acerca del papel de la mujer en la sociedad. Todos estos problemas afectan de manera especial la captación de la actividad económica femenina que es la que se desarrolla mayormente a tiempo parcial o en combinación con las actividades del hogar.

Por oposición a este panorama, se encontró que las encuestas de hogares ofrecían mejores condiciones para captar el trabajo de la mujer y se cuantificó en unos cuantos casos, a través de la comparación de censos y diversos tipos de encuestas, la magnitud de la subestimación en el primer tipo de fuente. Cito a continuación la conclusión de las autoras sobre esta parte por considerarla de especial relevancia:

Los censos de población latinoamericanos no parecen haber sido, hasta ahora, instrumentos válidos de medición de la participación económica femenina. Esta conclusión, si bien puede no sorprender a quienes repetidamente han escrito o leído acerca de la subesti-

mación de la actividad femenina por parte de los censos es, sin embargo y en más de un sentido, nueva. En efecto hasta ahora el acento se había puesto en la baja validez del censo como fuente de datos de la actividad económica de las mujeres y, en particular, en la subestimación de las ocupadas en actividades agrícolas y de las "trabajadoras familiares no remuneradas". Las novedades consisten en haber intentado acercarse a cuantificar, aunque sea para unos pocos casos, la magnitud de esa subestimación y en haber detectado, a través del análisis de las definiciones conceptuales y operacionales —incoherencia entre distintas instrucciones, o entre instrucciones y redacción de preguntas, por ejemplo— y, también a través de las cuantificaciones efectuadas, que el problema es más general: la subestimación parece afectar no solamente a las trabajadoras agrícolas y a las familiares no remuneradas, sino también a mujeres económicamente activas en algunas otras ocupaciones.

Las sugerencias que se hacen al final del libro son prácticas, de mucha utilidad, y básicamente se refieren en el caso de los censos al mejoramiento de la calidad en vez de la cantidad de la información con que se cuenta. Apenas se recomienda ampliar la recolección en un aspecto: el tiempo trabajado, porque permitiría identificar mejor la condición de actividad.

También se hacen recomendaciones sobre el período de referencia de la información, y la redacción de la secuencia de preguntas para medir "condición de actividad" en los censos de población. Asimismo, tanto en el caso de los censos como en el de las encuestas se hace hincapié en que se elabore más la información recolectada, y que los organismos encargados aseguren la posibilidad de realizar reconstrucciones de los hogares, por la relevancia de dicho ámbito en la explicación del trabajo femenino.

Por último, para efectos de estudios comparativos en el espacio y en el tiempo, y también para lograr mediciones más válidas de tendencias, se recomienda una medida que aprovecha la información mejor captada sobre participación económica femenina en los censos y encuestas: una tasa refinada de participación en ocupaciones modernas. Siguiendo la sugerencia de Boserup, en su libro *Employment of Women in Developing Countries*, estas ocupaciones "modernas" serían: profesionales, técnicas y similares de todas las categorías ocupacionales, gerentes, directoras y administradoras superiores de todas las categorías ocupacionales, empleadas de oficina y similares, asalariadas, vendedoras asalariadas, obreras y operarias no agrícolas y similares asalariadas. En caso de no contar con la información necesaria, se sugiere una tasa refinada de participación en ocupaciones asalariadas.

La obra, en síntesis, es muy sugerente y útil en múltiples aspectos (trabajo académico, planificación económica, producción de información, etc.). No existía hasta donde sé un trabajo de esta naturaleza para el conjunto de la región, el cual encara con seriedad y profundidad los problemas que afectan a nuestras estadísticas sobre fuerza de trabajo.

BRÍGIDA GARCÍA

Alain Touraine, François Dubet, Michel Wieviorka, Jan Strzelecki, *Solidarité, analyse d'un mouvement social: Pologne 1980-81*, Fayard, Col. Mouvements, 1, 1982, 309 pp.

PARECIERA que al finalizar el siglo xx se estuviera gestando un proceso en el cual el monopolio de la representación de los grupos populares por políticos, ideólogos o intelectuales hubiese entrado en crisis. Sin que éste sea un proceso localizado geográficamente y sin que sea posible identificarlo claramente, observamos el cuestionamiento de lo que podría denominarse "la clase política" que monopolizó durante la mayor parte de este siglo la expresión y la puesta en práctica de los proyectos que decían encarnar las aspiraciones de obreros, campesinos o pobres en general. Dicho fenómeno que tiene lugar en Brasil, Italia o Polonia pero que puede también encontrarse con menor intensidad en otros lugares, no tiene una explicación fácil. Lo que tiene de central es la capacidad creciente de los grupos populares para cuestionar la legitimidad de la representación que esos agentes habían asumido, por delegación, elección o imposición. Además, estos movimientos se orientan más cultural que políticamente, revelando así que la crisis de la clase política es también una crisis de los proyectos ideológico-políticos inspirados en el marxismo, el cual definía su proyecto precisamente alrededor de los grupos populares. Estos aceptan cada vez menos la dominación impuesta por aquellos que dicen poseer la verdad, el sentido de la historia o simplemente la legitimidad política. Se plantea un proyecto que renueva la vida social y despolitiza (es decir socializa) a la sociedad haciéndola más compleja y democrática. La larga transición propuesta por "la clase política" para lograr el proyecto industrializador se enfrenta al fracaso de dicho objetivo y en ese momento el modelo político planteado por esa clase no es sino una coartada para someter, dominar y reprimir.

Dentro de este contexto pueden colocarse las luchas que tienen lugar en diversos países del mundo, las cuales indudablemente

tienen características específicas nacionales, regionales o locales, pero que guardan relación con la crisis mencionada. En Brasil con el nuevo sindicalismo, que rompe con la tradición de alianzas y reivindica la autonomía de la acción obrera en el sistema político; en algunos países de Europa occidental, los movimientos ecologistas o antinucleares rompen con una forma de hacer política, la que asume como necesario el tránsito por el sistema institucional. Se trata de ir más allá del discurso político de la democracia parlamentaria o del centralismo democrático y replantear la discusión sobre la democracia como forma de vida. Ya no se trata de definir un proyecto unidimensional articulado exclusivamente alrededor de los intereses de clase sino de definir objetivos nacionales que cortan horizontalmente las categorías sociales involucradas. Podría aventurarse que se trata de hacer política sin hacerla, de definir una forma de articular intereses sin cancelar por ello la democracia, la nación y la legitimidad de la representación cuestionando así lo existente, lo dominante.

Consideramos que lo dicho constituye una introducción necesaria al propósito general del trabajo publicado por Alain Touraine y sus colaboradores sobre *Solidaridad*. A partir de una intervención sociológica¹ realizada en 1981 en Polonia con varios grupos situados en distintos niveles y en varias ciudades de dicho país, Touraine ha elaborado una reflexión que, sin menoscabar el lugar que tiene dicho movimiento en la evolución de las luchas sociales de los países socialistas de Europa del Este, y sin eludir la descripción de las condiciones en las que surge dicho movimiento social en agosto de 1980 (temas tratados en los primeros capítulos) se centra en lo que ocurrió en los grupos intervenidos que ocupa la segunda y tercera parte del libro. Touraine trata de mostrar cómo las tres dimensiones fundamentales que definen a *Solidaridad* —la conciencia obrera, la conciencia nacional y la lucha por la democracia— permiten definir las líneas de acción de los grupos estudiados. La forma en que estas dimensiones se combinan posee una relevancia diferente si se trata de los obreros de los astilleros de Gdansk, de los mineros de Silesia (Katowice)

¹ Escuetamente, *la intervención sociológica* (ver Alain Touraine, *La voix et le regard*, Ed. du Seuil, París, 1978. Trad. inglesa, *The Voice and the Eye*, Cambridge University Press, 1982) se define como el método de la *sociología de la acción*, enfoque teórico en el cual la sociedad se define por la acción sobre sí misma; ésta es llevada a cabo por movimientos sociales que interactúan conflictivamente en función de proyectos que tienen por objeto definir una determinada historicidad (como la sociedad industrial o postindustrial).

o de los obreros de Varsovia y permiten ver cómo los militantes de *Solidaridad*, sin dejar de percibir la unidad de las mismas, destacan una de ellas cuando estructuran sus puntos de vista y su definición del propósito del movimiento en su totalidad. Esta definición define el punto de inserción de cada grupo en el conflicto más amplio. Esto ejemplifica el objeto de la primera fase de la intervención sociológica realizada en Polonia, la que guarda estrecha relación con la etapa ascendente del movimiento, que se verifica entre agosto de 1980 y marzo de 1981, entre las huelgas de los astilleros de Gdansk y la provocación de Bydgoszcz que afecta a tres militantes de *Solidaridad*, los cuales son golpeados por la policía. Durante la fase en cuestión, el movimiento consiguió aglutinar a más de diez millones de personas gracias a la fuerza que tuvieron las dimensiones mencionadas en reflejar las preocupaciones de los polacos. En esta parte del libro, el análisis del autoanálisis,² etapa básica del método de la intervención sociológica, se convierte en un instrumento muy útil para desglosar los diversos sentidos que animan a los miembros de los grupos y también para ver cómo se articulan en un conjunto coherente. El método asume aquí toda su potencialidad y permite incluso que los actores puedan enriquecer su práctica a través del contacto con el equipo de investigadores iniciando así lo que Touraine ha llamado la "sociología permanente".

Distinto es el proceso analizado en la tercera parte del libro, titulada "Hacia la ruptura". Después de un análisis de lo que ocurrió en el Congreso de *Solidaridad*, realizado en septiembre de 1981, y de una exposición del contexto general de la situación polaca hacia fines de ese año, se trata de analizar el autoanálisis de tres nuevos grupos: las obreras del sector textil en la ciudad de Lodz, los transportistas de Wroclaw y los obreros del astillero de Szczecin. En esta segunda fase de la intervención polaca, se muestra cómo los temas de la primavera del 81 se han transformado y matizado después de que *Solidaridad* ha entrado, nacionalmente, a una etapa de confrontación con el poder. El análisis revela que cada una de las dimensiones antes mencionadas tiene dos caras (ver p. 231):

la conciencia obrera es reivindicación de los derechos obreros pero también defensa populista de los pequeños contra los grandes y de

² El análisis del autoanálisis es la interpretación que los sociólogos que animan la intervención sociológica elaboran según las transcripciones de las discusiones que los integrantes de los grupos intervenidos tienen con sus adversarios, con los animadores del proceso y consigo mismos.

los consumidores contra los acaparadores; *la conciencia nacional* es afirmación de una identidad cultural que puede transformarse en nacionalismo agresivo; *la voluntad democrática*, asociada casi siempre a la defensa de las libertades, puede transformarse en un llamado al pueblo, a la base contra los dirigentes y en exigencia de una disciplina militar para salvar a la nación amenazada.

En esta fase del movimiento son esos reversos de las tres dimensiones mencionadas los que aparecen con más claridad y revelan lo que estaba oculto en la primera fase, ascendente. Aparece entonces lo que pudiera definirse como el sentido más general de *Solidaridad*, la afirmación de la sociedad frente al Estado, el cuestionamiento de la autoridad del partido en las empresas productivas, el rechazo a un proyecto ineficiente y corrupto y sobre todo el rechazo a la subordinación a una potencia foránea. Se percibe que *Solidaridad* no es un movimiento de índole revolucionaria que busque desplazar al partido comunista en nombre de otro proyecto político: al contrario, da por sentada la ubicación geopolítica de Polonia y la imposibilidad de proponer dicha opción sin con ello perder su identidad nacional. También, se rebela contra los métodos burocráticos de administración del trabajo, y reivindica la creación de un grupo de dirigentes de empresa, técnicos, dedicados a la expansión productiva: en ello el movimiento, paradójicamente, propicia la creación de empresarios, es decir de un adversario con el cual poder interactuar en la formulación de un proyecto para la sociedad polaca. El movimiento plantea un proyecto esencialmente *moral*, que reivindica la libertad personal y colectiva dentro de los límites impuestos por la historia que la nación polaca debe reconocer so pena de desaparecer como tal. El tema de que *Solidaridad* es un movimiento social lúcidamente autolimitado, que aparece sobre todo en su fase ascendente es prueba del carácter reflexivo que le dan sus integrantes, y de la responsabilidad con que tratan de actuar, incluso cuando las circunstancias, como por ejemplo la escasez de alimentos, provocan serias tensiones en el movimiento, empujándolo a asumir la gestión de la economía nacional. Lo anterior refuerza la imagen de un movimiento con un grado muy alto de autocontrol que sin plantear el desplazamiento del partido comunista de la instancia estatal, desea su retiro de todas aquellas instancias, como la producción, la cultura o la educación en donde la sociedad polaca manifiesta su peculiaridad. Es decir, *Solidaridad*, a la luz de lo dicho en el texto interpretativo de Touraine y sus colaboradores, pretende ampliar el espacio de la sociedad sin

cuestionar la definición de la ubicación geopolítica de Polonia en el ámbito de la política internacional. Sólo algunos militantes del movimiento, especialmente durante el Congreso de septiembre de 1981, se atrevieron a poner en entredicho algo que la gran mayoría de los integrantes de *Solidaridad* tenían muy claro. Dentro de esta toma de posición, lúcida y consciente, es indudable que la Iglesia Católica, juega un papel central. Desde el comienzo del movimiento, los obreros de Gdansk celebraron misas dentro de los astilleros y el sentido de ello debe buscarse más en la reafirmación de la identidad nacional representada por la Iglesia que en una mera manifestación religiosa. Aquí es donde la profundidad de las convicciones de los partidarios de *Solidaridad* asume toda su dimensión: se trata de defender dicha identidad pero también de darle un lugar permanente dentro de la sociedad cuestionando el elemento *totalitario*, implícito en la dominación ejercida por el partido comunista. Así, los polacos encontraron en *Solidaridad* la forma de articular a la clase, a la nación y a la democracia en un vasto movimiento de *liberación de la sociedad*, frente a los métodos espurios de dominación puestos en práctica por la "clase política".

La intervención sociológica realizada por Touraine en Polonia adquiere todo su significado a partir de la capacidad que tuvo para desglosar los temas que animaron a los miembros de *Solidaridad* en ese año y medio en que trastocaron la dominación vigente en su país. Complementando el método histórico, esencialmente documental, las técnicas tradicionales de la sociología (encuestas, entrevistas y análisis estadístico de actitudes) y también los métodos de la psicología social (psicodramas, dinámica de grupos), la intervención sociológica permite estudiar un movimiento social partiendo de los sentidos que su acción posee para sus integrantes. Se evita así la materialización de los movimientos sociales, insertos en "procesos" o "etapas" del desarrollo social (como por ejemplo aquel mito de la "dictadura del proletariado" como fase necesaria de transición hacia el "socialismo") y se adquiere la capacidad para verlo en su dimensión real, humana. La acción social es entonces vista como algo tangible, resultado de proyectos animados por seres de carne y hueso. La sociedad se auto-reduce y los garantes metasociales de la acción social deben ser descartados. No existe un "orden" social, tal como lo postuló alguna vez la sociología funcionalista, ni tampoco una determinación económica de la acción social, como lo postuló Marx; aquí es donde el aporte accionalista de Touraine y de sus colegas, en

ésta como en las demás intervenciones³ realizadas, adquiere su sentido y su interés. *Solidaridad* es, después de la intervención, un movimiento que puede tener más capacidad de acción sobre sí misma. No podrá ser descartada del panorama futuro de Polonia. No sólo porque está definitivamente arraigada en la conciencia de los polacos sino porque se inscribe en una tendencia universal en la que los actores sociales rehúsan trasladar la representación de sus intereses a otros que no sean ellos mismos. *Solidaridad* coincide, en consecuencia, con esa tendencia en la medida que los temas que la animan no se limitan a una temática nacional, política o clasista. Se inscribe en una temática que contiene todos estos elementos que son ponderados de diferente forma por los integrantes del movimiento en sus diferentes localizaciones pero que en ninguna de éstas pierde ese carácter combinado. Ello es claro en la intervención polaca, ya que a pesar de lo específico que es cada uno de los grupos, sobre todo en términos del sector económico y de la región en la cual vive, los temas mencionados se plantean como relevantes y no se separan de los demás. Al trascender cada uno de los temas y al adoptar dicha forma compleja *Solidaridad* se vincula a los procesos que tienen lugar en otros países, quizás con contenidos distintos pero dentro de la gran problemática del regreso de los actores a la escena de las luchas sociales.

FRANCISCO ZAPATA

Verduzco, Gustavo, *Campesinos itinerantes: colonización, ganadería y urbanización en el trópico petrolero de México*, El Colegio de Michoacán, México, 1982.

A AQUELLA primera etapa de sustitución del paradigma empirista y dualista en América Latina por nuevas interpretaciones histórico-estructurales, debe ahora seguir la revisión de éstas a partir de estudios que aporten datos originales que confirmen, infirmen u obliguen a darles matices más precisos. No se trata ya de esgrimir razones teóricas para seguir reacomodando estas interpretaciones generales, sino de evaluarlas de acuerdo a un regreso a la observación de la realidad. Dentro de esta nueva etapa, muy

³ Touraine y su equipo han realizado intervenciones sociológicas entre los estudiantes (*Lutte Etudiante*, Editions du Seuil, París, 1978), los integrantes del movimiento antinuclear en Francia (*La prophétie anti-nucléaire*, Editions du Seuil, París, 1980) y el movimiento regionalista occitano (*Le pays contre l'Etat*, Editions du Seuil, París, 1981).

saludable para el desarrollo científico, se inscriben las nuevas investigaciones, como la de Gustavo Verduzco, que obligan a buscar mayor rigor y mayor precisión en las interpretaciones sobre la dinámica de las migraciones intrarrurales.

Además, la crisis económica que sufrimos en estos días en México, que, de acuerdo a los pronósticos más pesimistas, está en un tris de convertirse en una crisis política y social, hace más urgente conocer empíricamente lo que ocurre en el campo mexicano y dirigir el debate hacia las alternativas que puede proponer el campesinado, ante los desvaríos de una administración obstinadamente proindustrial y prourbana. No es casual, que haya quienes propongan que la contradicción central hoy día es aquélla entre el ámbito urbano y el ámbito rural, y específicamente, para el caso mexicano, entre la agricultura y la ganadería.

La investigación de Verduzco toca varios de estos temas prioritarios, mostrando en toda su riqueza empírica, el proceso de colonización de la frontera agrícola, la expansión ganadera y los cambios en el mercado de trabajo regional en la zona de las tierras bajas de la Sierra Norte de Puebla. Colindan estas tierras al oeste con la Huasteca potosina, que se ha caracterizado en los últimos años por constantes conflictos agrarios. Su trabajo de campo, intensivo y cuidadoso, logra dar una visión precisa del germen de estos conflictos, en el microcosmos de una región.

Justamente, el autor afirma que el análisis sociohistórico debe partir, para ser más exacto, de la región como unidad de análisis. Así, muestra que en la región estudiada, la colonización de tierras vírgenes en tiempos de las haciendas y la expansión del cultivo en dotaciones ejidales, atrajeron a una mano de obra migrante que se dedicó inicialmente al "chapote" o desmonte de tierras que después se dedicarían a la ganadería. Estos jornaleros se convirtieron después en vaqueros para los ranchos ganaderos o en campesinos si conseguían parcelas ejidales o parcelas de pequeña propiedad. Poco después se creó un pequeño centro urbano, que atrajo a parte de este contingente, y se convirtió en centro comercial y de servicios para la región. Su análisis se centra particularmente en seguir el trazo de los cambios ocupacionales de la población que migra a este poblado denominado *La Uno*. Pero si bien su análisis de la microrregión es acertado, al final nos quedamos con la sensación de que esa microrregión se quedó aislada de lo que sería el marco regional, no en sentido geográfico ni histórico, sino socioeconómico, del fenómeno que estudia. No se puede pedir que siga ampliando el ámbito de análisis hasta incluir, vaya tarea, lo nacional (visto que todo está relacionado

con todo) pero le hizo falta incluir unos cuantos párrafos que explicaran, por ejemplo, la inserción de los ganaderos en un mercado de carne que en un nivel macrorregional (ganadería del norte y ganadería del sureste) implica estrategias de exportación o de abastecimiento del mercado interno muy importantes para el país. Falta saber, también, en qué nivel de la región un poco mayor, la Sierra Norte de Puebla, se ha utilizado sistemáticamente mano de obra indígena, mucha de ella despojada de sus tierras por los mestizos, para desmontar terrenos de los que se apoderan los mestizos para la ganadería. De hecho, sorprende que en ningún momento se tome en cuenta la relación interétnica siendo que la microrregión corresponde a una zona tetracultural en la que conviven o convivían, si no han sido expulsados, nahuas (mexicanos), mestizos, totonacos, otomíes y tepehuas. ¿No ha habido migración diferencial o distintas trayectorias ocupacionales según se haya tratado de indígenas o mestizos? Me extrañaría mucho que no haya sido así.

La parte más interesante del libro consiste en la explicación de la formación de distintas clases sociales y su asentamiento en *La Uno* siguiendo el trazo del desarrollo económico de la región. Cita a don Nicho, viejo habitante del pueblo: "Antes era todo difícil porque no estaba el camino;... luego hicieron el camino y bajaron muchos catrines a comprar monte..." En efecto, uno de los aspectos que hace importante este trabajo es que registra un fenómeno que pocas veces ha sido documentado en estudios rurales, esto es, la compra de tierras para inversión por parte de inversionistas urbanos. Todavía en 1977, el 56.5% de los propietarios de tierras ganaderas de los municipios que estudió viven fuera de la región, gran parte de ellos en la ciudad de México. Sin embargo, no analiza este hecho tan significativo y es la falta de análisis de éste y otros aspectos que se citan a continuación lo que se convierte en un sesgo antiejdal del trabajo.

Afirma Verduzco que, el fraccionamiento de las haciendas a través de la venta a pequeños propietarios para evitar el reparto agrario, produjo un "proceso de desconcentración de la tierra". En cambio, en el ejido, como antes tres o incluso cuatro familias trabajaban la misma parcela y ahora la "...norma general es una familia por parcela, por tanto, ha habido un proceso relativo de concentración ya que menos gente utiliza la misma tierra que en el pasado." Hay un uso ambiguo de la palabra "concentración".

La afirmación del autor de que ha habido una desconcentración de la propiedad privada tendría que matizarse puesto que

existen todavía 26 predios de propiedad privada a todas luces ilegales puesto que son mayores de 200 hectáreas y que suman 9 700 hectáreas, equivalente a 14% de los predios del municipio. Las propiedades privadas menores de 200 hectáreas abarcan 8 045 has. En el primer caso, cada propietario posee un promedio de 373 has., en el segundo un promedio de 50 has. No presenta el estudio las cifras correspondientes a los ejidos sino que sólo se señala que las dotaciones de los ejidos han sido de unas 1 500 y 500 has., pero a juzgar por los cinco estudios de caso de ejidatarios que se incluyen, éstos tienen en promedio entre media hectárea y ocho hectáreas en claro minifundio. Frente a esta realidad, ¿puede afirmarse que ha habido un proceso de desconcentración de la propiedad privada?

Señala el autor, basándose en los estudios de caso de los cinco ejidatarios, que la agricultura no es viable por las plagas y porque las tierras acaban en manos de los usureros. Aquí, nuevamente, faltaría el marco más amplio: el hecho de que la baja tendencial del precio del maíz es lo que lo ha hecho incosteable, además de la presión demográfica sobre los ejidos. A este respecto, tampoco reflexiona el autor sobre por qué se hizo el asentamiento de *La Uno* precisamente sobre tierras ejidales cuando había alrededor latifundios sobre los que se podían haber asentado. El mismo autor señala más adelante que sí hubo la posibilidad de pedir dotación de un latifundio cercano. Si seguimos este hilo de pensamiento, podría señalarse que, de llegar a repartirse las 9 700 has. poseídas ilegalmente en latifundios, podría asentarse y darse una actividad productiva agropecuaria a casi todos los jornaleros que han aparecido en la región. Con ello se hace notar que todos los cambios ocupacionales de la región están insertos en el marco de políticas agrarias y prácticas agrícolas del Estado.

Estos cambios ocupacionales, vinculados a la migración de la milpa al pequeño centro urbano, los describe el autor con percepción y sensibilidad hacia el detalle de la vida cotidiana. Lo hace, además, añadiéndole sabor al relato. Habría que señalar, sin embargo, que es preferible el uso del término "ocupacional" para referirse a tipos de empleo o de actividad remunerativa, puesto que el de "laboral" en castellano se refiere a las relaciones entre empresas y trabajadores. Así, "carreras laborales" más bien se refiere a "cambios ocupacionales", término que, además, evita la connotación valorativa de "movilidad laboral". Esto incluso es consonante con la importante conclusión del trabajo de que existe una escasa asociación entre la educación formal y los cambios de ocupación de los migrantes.

En cambio, hace una inferencia cuestionable cuando afirma que la trayectoria de los jefes de familia encuestados en *La Uno* (¿en base a qué metodología?, ¿por qué no se entrevistó a mujeres jefes de familia y a hombres sin familia?), no muestra que hayan pasado por una proletarización rural puesto que muchos de los que tenían antecedentes campesinos no son asalariados. Pero esto es partir de una definición muy limitada de proletarización, puesto que no se refiere únicamente a que los campesinos pasen a depender de un salario formal sino que se refiere a la expulsión de la actividad de autosubsistencia campesina hacia otras actividades que pueden incluir, ante la escasez de empleos asalariados, los oficios, la venta itinerante y otras actividades del sector informal. Pero además, no se trata de una región con un *hinterland* de campesinado tradicional, sino que la población campesina viene a ser una minoría en esa región. Más aún, el autor mismo señala que la región recibió a jornaleros que después buscaron otras ocupaciones y actividades. Además, se sabe que la ganadería, una vez realizado el desmonte, casi no demanda mano de obra. No podía esperarse, por tanto, un proceso clásico de proletarización en tal situación.

Sobre la migración, el autor presenta datos e interpretaciones sugerentes. Hubiéramos querido que se explayara más sobre algunos aspectos, por ejemplo, el hecho significativo de que 34% de los entrevistados haya vivido alguna vez en una ciudad. ¿A qué se debió su retorno, en qué época fue, cómo comparan su vida en la ciudad y ahora en *La Uno*?

También habría sido deseable que incluyera un último capítulo de conclusiones en el que recogiera los resultados del estudio empírico en relación a los postulados teóricos del capítulo inicial. Porque no queda claro si la proposición que hace, según el análisis de que "...una corriente migratoria existe en función de un destino real" (p. 128) que le asigna un peso determinante a los factores de atracción, no contradice su premisa inicial de considerar como un todo integral el movimiento migratorio entre el polo rural y el polo urbano.

El hecho de que surjan tantas posibilidades de discusión del trabajo de Verduzco atestigua el valor de su estudio: cuando hay tela de dónde cortar se puede ir confeccionando un conocimiento más acabado; cuando no hay tela, la discusión cae en los lugares comunes personalistas. Vale entonces dar la bienvenida a este tipo de estudios y desear que se continúen.

Raúl Rojas Soriano, *Capitalismo y Enfermedad*, Folio Ediciones, (Colección El Hombre y su Salud), México, 1982, 202 páginas-apéndices.

LA SALUD, y por lo tanto, la enfermedad comienzan en México a centrar la atención de un número cada vez mayor de científicos sociales. Sin embargo, el interés de las ciencias sociales por el proceso "salud-enfermedad" no es nuevo. En el medio académico, habría que recordar por ejemplo el texto de Bernhard Stern,¹ a finales de la década de los años veinte. No podrían contarse desde entonces la cantidad de incursiones realizadas por las diversas disciplinas que integran las ciencias sociales en el campo de la salud.² Por otra parte, es evidente que la ciencia médica misma tuvo que reconocer desde sus inicios la importancia de los factores socioeconómicos dentro de los determinantes causales del proceso salud-enfermedad. Roemer y Elling³ hacen remontar incluso los orígenes de la sociología médica hacia el siglo XVI durante el cual las más importantes enfermedades epidémicas—como la peste y la fiebre tifoidea— fueron asociadas al contagio (un proceso social); las enfermedades de los mineros, a su status ocupacional y el escorbuto, a los hábitos alimenticios. En el siglo XVIII, hombres como Petty y Gaunt desarrollaron tablas de mortalidad con referencia a grupos sociales característicos.

La preocupación por profundizar las determinaciones sociales de los fenómenos asociados a la salud y la enfermedad se ha ganado a partir de entonces un lugar preponderante dentro de las políticas de salud. Al respecto, es un hecho incontestable que, en lo que va del presente siglo, cambios cuantitativa y cualitativamente importantes se han operado en el seno del conjunto de naciones tanto socialistas como capitalistas. La salud se convirtió en un bien diferencialmente distribuido en el planeta de tal modo que el desarrollo económico y el estado de la salud pública sería un binomio irrefutable al hablar en términos de naciones.

Capitalismo y Enfermedad es el primer libro del autor en este campo.⁴ El texto se encuentra dividido en diez apartados

¹ Bernhard Stern, *Social Factors in Medical Progress*. Columbia University Press, Nueva York, 1927.

² Ver por ejemplo: John Hanlon, Fred Rogers, George Rosen, "A bookshelf of the History and Philosophy of Public Health". *American Journal of Public Health* (abril 1960), v. 50, pp. 445-458.

³ M. Roemer, R. Elling, "Sociological Research on Medical Care", *Journal of Health and Human Behavior* (primavera, 1963), v. 4, pp. 49-68.

⁴ El autor ha incursionado anteriormente en el campo de la metodo-

—conclusiones incluidas—, más tres apéndices relativamente autónomos del conjunto.

Rojas Soriano se reclama del marxismo al efectuar su análisis y, como tal, se muestra generoso al abundar en las ventajas que representa el materialismo histórico en el análisis del universo social. Así por ejemplo los cuatro primeros apartados están dedicados a mostrar cómo el autor se inspiró en textos fundamentales, principalmente de Marx y Engels que, según nos dice, “se han ignorado o no se han aprovechado debidamente por parte de los especialistas en medicina del trabajo, epidemiología y salud pública” (p. 12).

El texto se debate entre dos tipos de planteamiento: uno que intenta demostrar que lo que llama *sociología médica marxista* es el enfoque más fructífero existente y que su desarrollo está aún por llevarse a cabo (p. 18); otro en donde se intenta demostrar el conjunto de las hipótesis enunciadas con respecto a las determinaciones sociales del proceso salud-enfermedad.

Con respecto al primer planteamiento, interesante en sí mismo, el lector no puede más que lamentar lo escaso del desarrollo teórico propiamente dicho. Muchas páginas son dedicadas a reproducir citas de Marx y Engels cuya presencia se justifica aún menos cuando sabemos que proceden de textos sumamente divulgados. Rojas Soriano no explota suficientemente su inspiración marxista y se queda en generalidades en las que hubiera podido dar lugar a profundizar con resultados interesantes.

Circulan así a lo largo del texto ideas ya muy conocidas y cuya vigencia actual requeriría en más de un caso explicaciones más allá de la cita célebre. Afirmar con Marx, por ejemplo, que la acumulación del capital conlleva necesariamente un empeoramiento de la situación del obrero “cualquiera que sea su retribución ya sea ésta alta o baja” (p. 98) requeriría una explicación y una justificación amplias. No pensamos que sea suficiente en nuestros días el sólo citar al “maestro”. Si de lo que se trata era de dar a conocer la riqueza actual de la teoría marxista al estudiar el proceso salud-enfermedad, hubiera sido más interesante ver lo que pensaba el autor del complejo mapa capitalista actual en lo referente a la salud de la población. ¿Cómo aplicar los conceptos del materialismo histórico cuando se intenta universalizar el apareamiento entre tipo de sistema socioeconómico y estado de salud de los grupos sociales? Esto correspondería en

logía con dos libros: *Guía para realizar investigaciones sociales* (1981) y *El proceso de investigación científica* (1981).

realidad a otro libro. Abundan en éste afirmaciones y opiniones que nos hubiera gustado ver ampliadas en su justificación tanto teórica como concreta. Así, se nos dice que “cuando el pensamiento y la acción médica sólo tratan de resolver los efectos de las enfermedades (medicina curativa) se encubren las causas esenciales, y tal forma de actuar lleva implícita una ideología, una concepción de la vida, de la enfermedad que responde a los intereses de las clases dominantes...” (p. 43). Esto último nos lleva a preguntarnos, ¿es el “cuerpo médico”, ese grupo profesional dedicado a la práctica de la medicina, tan homogéneo como parece percibirse en la anterior afirmación? ¿Quiere decir lo anterior que los médicos deben actuar ante todo como sociólogos en su práctica profesional? El autor nos deja sin una respuesta clara. En todo caso, pensamos que la práctica médica es más compleja y no puede reducirse a esquemas bivalentes (o medicina curativa o medicina social); las ciencias sociales tienen una aportación muy importante que hacer a la medicina pero no pensamos que la puedan sustituir. Por otra parte, sería interesante ver cómo los profesionales de la medicina conciben su profesión y esto dentro de los diferentes países que se dicen capitalistas. Veríamos cómo la práctica médica se debate internamente tanto en relación a su concepción de la enfermedad como en los medios para remediarla.⁵

Más adelante, Rojas Soriano nos recuerda los principales elementos del análisis del materialismo histórico, lo que da lugar a “demostraciones” que escasamente corresponden a un desarrollo amplio. ¿Cómo convencernos por ejemplo de que “en el análisis del proceso salud-enfermedad interesa ante todo el contenido, es decir, el conocimiento de los diversos elementos presentes, y de estos los más fundamentales, y no la forma en que se manifiestan...?” (p. 44). Tal aseveración queda nebulosa; de hecho el contenido y la forma no tienen por qué contraponerse aun cuando estemos hablando en términos sociológicos. La llamada *sociología médica marxista* es erigida así por el autor en el enfoque más adecuado; y no podemos más que lamentar que esto traiga como consecuencia un silencio notorio con respecto a toda la literatura anterior que en la materia el mismo mundo capitalista ha sacado a la luz pública.

⁵ La coexistencia cada vez más diversificada de diferentes prácticas médicas (alopatía, homeopatía, acupuntura, iridología, radiestesia...) además de percibirse como una competencia “monetaria” podría representar una “lucha interna” al grupo en su visión del estado de cosas.

En lo que respecta al segundo planteamiento Rojas Soriano parte de una hipótesis principal según la cual "existe una situación diferencial entre los distintos sectores que componen el proletariado respecto a la morbilidad, la esperanza de vida, el nivel de conciencia sobre los problemas de salud y el acceso real a los servicios médicos" (p. 11). Para el autor esta situación es producto directo tanto de "los elementos de la base económica como de los de la superestructura, siendo aquéllos fundamentales..." (p. 11). Pero el lector termina el texto deseando obtener demostraciones amplias y detalladas de lo enunciado.

Por principio de cuentas, los apartados 5 y 6 nos llevan sin preámbulo al análisis de la realidad mexicana. El autor no deja bien claro el porqué de esta limitación a la realidad nacional dada la amplitud del título. Aunque en ciertos pasajes reconoce sus características específicas, en otros parecería que el modelo mexicano le sirviera para caracterizar al capitalismo en su conjunto y viceversa (p. 75). El desarrollo del capitalismo en México es rápidamente bosquejado y sirve para caracterizar las repercusiones de la formación social mexicana sobre su propio estado de salud y también introducirnos en un análisis somero del proceso salud-enfermedad en función de las clases sociales.

Varias cosas invitan a la reflexión y a su señalamiento. En la caracterización de la formación social mexicana se limita a mencionar su denominación "dependiente" y a subrayar sus problemas resultantes. Estos a su vez se reducen a lo que podríamos considerar como la enumeración de los elementos principales para caracterizar las condiciones generales de existencia de la población (empleo-desempleo, nutrición-desnutrición, vivienda, educación y contaminación ambiental) (pp. 117-133). No cabe duda que aquí el análisis raya en la evidencia. Su hipótesis principal o sea, la diferenciación de los sectores sociales con respecto a su estado de salud queda "confirmada" recordándonos que esta diferenciación parte desde el momento en que caracterizamos a la persona dentro de la estructura socioeconómica. Las condiciones de vida, desigualmente distribuidas condicionan por sí mismas un "estado general de salud" en grupos sociales bien característicos.

Pero quisiéramos centrarnos aquí en tres aspectos que nos parecen esenciales en los últimos cuatro apartados del texto. Primero, la intención del autor de mostrarnos ciertas regularidades en la salud-enfermedad de las diferentes clases sociales. Segundo, el centrarse en la fracción industrial de la clase trabajadora para efectuar su principal análisis estadístico. Tercero, el intentar desarrollar, de acuerdo a lo que llama el análisis de la

“patología de la pobreza”, una definición de la salud y la enfermedad.

En relación al primer aspecto, debemos lamentar la brevedad de su análisis. El autor parece confundirse, y confundirnos de paso, al establecer una diferencia entre enfermedades netamente burguesas y netamente proletarias, pues constantemente esta frontera tanto tarda en delimitarse como en hacerse difusa. Por ejemplo, Rojas Soriano escribe en cierto momento que “es necesario subrayar que diversos padecimientos considerados propios de la clase burguesa y de ciertas capas medias (*stress*, hipertensión, neurosis), se encuentran presentes también en la clase proletaria. Nuestra hipótesis es que la organización social capitalista y, en particular, las condiciones de trabajo y de vida del proletariado, limitan o impiden/.../ que muchos de estos padecimientos sean detectados en la clase trabajadora” (p. 139). Más adelante nos dice “...De lo anterior se desprende que las circunstancias en que se consume la fuerza de trabajo... son diferentes entre los diversos grupos que conforman el proletariado. Importa puntualizar que tales circunstancias están dadas por elementos no esenciales (pero que no por ello dejan de tener importancia) para la definición del proletariado como clase social/.../ empero, las situaciones concretas de trabajo y de vida del proletariado pueden generar diferencias específicas en la problemática de la salud del mismo, así como respuestas diferentes para enfrentar la enfermedad” (p. 155).

Concluimos la lectura del libro deseando ver terminado el razonamiento anterior. Ahora bien, por nuestra parte pensamos que si algo han aportado las ciencias sociales al enfoque médico ha sido justamente esta visión de la determinación social del proceso salud-enfermedad. Es un hecho también que ha quedado demostrado, e incluso aceptado por organismos internacionales —como la Organización Mundial de la Salud (oms) que el autor parece desdeñar— que las condiciones de salud están en gran proporción delimitadas por las condiciones generales de existencia. Lo que hubiera sido interesante leer es la respuesta que el autor propone a esas diferenciaciones dentro de las mismas clases sociales. Independientemente de la inserción en el aparato productivo, es posible que el fenómeno analizado se esté haciendo más complejo. ¿Qué significa hablar de subproletariado en un país como México? ¿Dónde han quedado dentro del análisis los grupos urbanos “marginales” cuya densidad ha superado ya toda posible definición de ejército de reserva? ¿No es más importante justamente adentrarse en el análisis de la diferenciación en el interior

de las clases sociales en vez de aferrarse a la simple esquematización bipolar? ¿Qué sucede al respecto en el resto de los llamados países capitalistas tanto "dependientes" como "avanzados"?

En lo que se refiere al segundo aspecto, éste no termina por aclarar nuestras preguntas. Si aquí se optó por analizar al grupo de trabajadores industriales, nos hubiera gustado ver un desarrollo y una explotación más amplia de los cuadros estadísticos que conforman el segundo apéndice. Rojas Soriano a través de su breve análisis nos deja ver un incremento inexorable de los riesgos de trabajo con el avance de la industrialización. Sin embargo, nada nos dice de otro tipo de causas. ¿Es la industrialización por sí generadora de riesgos de trabajo y en qué proporción? ¿Hasta dónde son importables las características de la mano de obra recientemente incorporada a una actividad industrial? Poco se nos dice de las evoluciones relativas, que por cierto pensamos hubieran confirmado algunas de sus hipótesis. El autor hace muchas alusiones a la organización moderna del trabajo y se le adjudican daños precisos a la salud del trabajador, pero lo anterior no se apoya en análisis concretos. Hubiera sido interesante observar un análisis de la evolución del tipo de enfermedades en una rama industrial específica. Preguntaríamos por último qué tan válido es un análisis estadístico estático, o a lo sumo basado en dos años límite, cuando sabemos que los riesgos de trabajo no siguen exactamente una evolución lineal.

Por último, Rojas Soriano nos confronta con su proposición para la definición de la salud-enfermedad. Enfermedad sería "un proceso —determinado socialmente— que se concreta en la incapacidad física y/o psíquica de los individuos pertenecientes al proletariado para satisfacer sus necesidades materiales de existencia, así como desarrollar sus capacidades artísticas, intelectuales, etcétera —esto último cuando sus condiciones de trabajo y de vida lo permitan— en una formación social históricamente determinada" (p. 196). ¿Es esto verdaderamente una definición de enfermedad? Y de paso preguntaríamos, ¿por qué proletaria solamente? ¿En ese sentido podríamos inferir que lo que el autor denomina clase burguesa es por definición sana? Nuestras preguntas permanecerán hasta el final de la lectura.

El texto termina con la presentación de tres apéndices que a nuestro parecer muy bien hubieran podido ser eliminados dada la naturaleza del libro. Y preguntaríamos: ¿por qué expedir el problema del aborto en cinco páginas? ¿No hubiera sido mejor incluir esos apéndices como algunos de tantos párrafos del conjunto del texto? ¿Qué caso tiene incluir el cuestionario que Marx

hizo distribuir a través de una revista en 1880 y del cual no se conoció ni una sola respuesta?

Al terminar la lectura de este libro no podemos más que concluir que *Capitalismo y Enfermedad* es un título que le queda grande. Porque si bien el lector supone que se encontrará con el planteamiento de la particularidad del proceso salud-enfermedad en el sistema capitalista, pronto se verá desilusionado al penetrar el texto. De hecho, su título sólo parecería corresponder a las intenciones originales del autor, pero la problemática en su complejidad queda ausente en las doscientas páginas que le son consagradas.

La problemática es interesante, las intenciones del autor lo son también, sólo que nos parece que hubiera sido mejor no haber consignado tantas veces en nuestra lectura la frase "hubiera sido".

JORGE SANDOVAL CAVAZOS

Raúl Benítez Zenteno (comp.), *Sociedad y política en Oaxaca: 1980, 15 estudios de caso*, Instituto de Investigaciones Sociológicas, Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca, 1982.

Con pocos datos (producto per cápita 55% menor al nacional, esperanza de vida de 52 años, pulverización de la tierra agrícola, subempleo, emigración crónica...) el compilador, Benítez Zenteno, pinta el triste cuadro que presenta el estado de Oaxaca en 1980. El maestro relaciona esa situación con el crecimiento desequilibrado que drena al campo de recursos y los concentra en centros urbanos, sobre todo en los grandes, un fenómeno que se da —dice— a pesar de una política estatal, deficiente e insuficiente. La conciencia de esas condiciones ha desembocado en la necesidad de "reubicar las peculiaridades regionales" mediante el rescate histórico de la estructura que las produce, necesidad que aspira a cubrir el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la UABJO, cuya primera camada de sociólogos produjo las investigaciones sintetizadas en los ensayos de este libro.

El conjunto de estos ensayos, muy bienvenidos, habla de los procesos sociales que más preocupan a los estudiosos del campesinado en general. De la diferenciación socioeconómica interna de las comunidades campesinas, del proceso de descampesinización, acelerado concomitantemente con el crecimiento demográ-

fico, así como también de la recampesinización por el reflujo de migrantes y la refuncionalización de algunos rubros de la producción campesina. Describe la economía campesina tradicional como una armazón compleja que combina actividades diversas, no sólo agrícolas de diversa índole, sino también pecuarias, artesanales, cuasi-industriales, venta ocasional de mano de obra, e —incluso— de recolección. Muchos de los ensayos se centran en el problema de la migración, a la que relacionan precisamente con una simplificación gradual de esa economía tradicional, simplificación impuesta por el proceso mismo de desarrollo económico capitalista. Los autores subrayan las formas concretas en que se explota al campesino a través de las relaciones de mercado, al que éste entra siempre en desventaja. Además, varios de los ensayos demuestran cómo las prácticas tradicionales de reciprocidad y los mecanismos campesinos de integración horizontal (guelaguetza, tequio y mediería) así como las instituciones locales de integración vertical (el sistema de cargos y el caciquismo) afectan a diferentes estratos socioeconómicos en formas distintas, reproduciendo la diferenciación, pero también retardando la proletarianización y frenando la migración.

Más aún, los ensayos nos hablan de esos fenómenos y procesos con abundantes datos de campo, recolectados con sistema y con sensibilidad en los pueblos de la sierra y los valles de Oaxaca. El estudioso local tiene evidentes ventajas por su conocimiento del contexto y su identificación natural con el sujeto de estudio. De modo tal que el conocedor al menos reconoce la realidad regional atrás del discurso técnico y las cifras. En casi todos ellos se observa un compromiso, explícito a menudo, con la complejidad de la realidad estudiada, un compromiso que repudia las generalidades simplificadoras. Hay pues una conciencia clara de la necesidad de partir de una base de conocimientos empíricos y de proceder —con método— a la comprobación de las hipótesis analíticas que se desprenden de una teoría general. En ese sentido también se percibe la impronta de una escuela, de una formación común y de una discusión previa sobre los supuestos teóricos y los procedimientos.*

La homogeneidad resultante en el enfoque (“histórico-estructural”) no parece sin embargo haber violentado las sensibilidades individuales de los autores, cada uno de los cuales aporta clara-

* En lo que a método se refiere me pregunto, si se va a trabajar un mismo fenómeno —la migración pongamos— en función de una serie de parámetros comunes (tierra, tamaño de la familia, etc.) con un mismo censo ¿por qué no presentar los cuadros en formatos comparables?

mente lo que podía y quería. Hay que felicitarlos también por su argumentación lógica y su buena redacción que desembocan en una presentación coherente de sus resultados. El esfuerzo por comunicarse contribuirá a la comprensión, difusión y discusión de sus aportaciones. Cualquiera entiende mejor los dilemas del campesino oaxaqueño después de leer el libro.

La calidad de "primicias" que tienen estos ensayos permite —por otro lado— pasar rápidamente por encima de algunos defectos secundarios que asoman aquí y allá, acaso deformaciones académicas, como puede ser la práctica de adornar los textos con citas poco pertinentes de los clásicos o de algunos de los más renombrados estudiosos del momento. Amén de que esas citas pretenden a veces sustituir la demostración de un argumento, casi siempre descarrilan la problemática, perdiéndonos en los callejones sin salida de las polémicas y falacias de segundo orden. La práctica suele además inducir una especie de esquizofrenia en la investigación que nos presenta, por un lado, datos empíricos y, por otra parte, ideas extraídas de libros sobre temas afines. Quiero sin embargo dirigir mi crítica a rasgos más generalizados de los trabajos que quizá involucran una serie de presupuestos de la sociología rural, pero que cabe cuestionar desde la perspectiva de la etnohistoria o la historia social.

Uno entiende desde luego la desesperación de los estudiosos oaxaqueños frente a la antropología culturalista. Al no considerar la forma en que los grupos étnicos están inscritos dentro del proceso económico global y en el sistema sociopolítico más amplio, el culturalismo descriptivo peca de ingenuo cuando no distorsiona la realidad del indio. Pero en el contexto de esa Oaxaca donde más de la mitad de la población habla una lengua indígena, y donde sobreviven al menos dos de los grupos indios más numerosos de México, el dejar a un lado —en calidad de secundario— el factor étnico parece por lo menos igual de iluso. En Oaxaca hay grandes diferencias en la medida en que distintas regiones, grupos y comunidades discretas dentro de ellos, han conservado su cultura étnica (sus formas de concebirse a sí mismas, su orden interno, su relación con el orden circundante, sus pautas de comportamiento y de relaciones sociales) frente a la aculturación promovida por el Estado y por la economía dominante. Mucho del cambio cultural se ha registrado en los últimos 60 años de que hablan estos ensayos, pero nada de esto les ha parecido pertinente a los autores para tratar de la diferenciación social, los patrones migratorios o las instituciones. La falsa perspectiva del culturalismo les ha impedido ver las funciones

positivas de la cultura étnica. Más allá del título o del párrafo introductorio da igual que sean chatinos, mixtecos o zapotecos, como en la época colonial. El que sean indios en general resulta poco importante, como en la época nacional. Y el porcentaje de personas que hablan la lengua local se menciona en el contexto de lo lamentable o en el mismo renglón en que se alude a la altura sobre el nivel del mar, es decir como un dato externo. Sólo importa al parecer cómo se divide la población local por edad, sexo, número de hectáreas y experiencias migratorias. Y, pues no; no es cierto y así no vamos a entender nada. Así terminaremos concluyendo que los dueños de quince hectáreas son "acaparadores" o que los chatinos con cinco hectáreas sembradas de café constituyen una "burguesía rural" sin más.

No quiero exagerar al respecto. Un puñado de los nuevos investigadores buscan entender la funcionalidad de las instituciones campesinas y quizá se da por entendido que éstas son indígenas. Pero no logran profundizar en la conceptualización étnica de estas instituciones. Tal cual su visión del organismo social del indio sigue siendo —como las de la antropología extranjera o chilanga— externa, superficial, ahistórica. Esto último me lleva a mi segunda crítica. Pese a abanderar una teoría "histórica-estructural", los sociólogos de *Sociedad y Política* hablan del *tequio*, los cargos, la diferenciación social y la migración como si esos fenómenos no tuvieran entre 200 y 500 años de historia en Oaxaca. Alguno de ellos se defiende recordándonos que los ensayos son síntesis de tesis que contenían consideraciones históricas más amplias; pero entonces, los "capítulos" de historia omitidos debieron ser análogos a los de las monografías culturalistas, apartados donde se relega lo pasado para no volverse a ocupar de él, sin relación vital con la estructura en cuestión. Así se concluye también que las diferencias socioeconómicas internas y el caciquismo son funciones directas de la economía cafetalera, que la migración se originó en 1920 o 1950 a raíz de tal o cual suceso y se presenta la operación actual del sistema de cargos desligada del proceso secular de centralización política del Estado. Nada de eso se sostiene.

Otra vez no quiero ser demasiado contundente. El ensayo de Ornelas López rastrea una evolución concreta del fenómeno migratorio con sensibilidad histórica encomiable. El ensayo de Martínez López es conscientemente una historia del movimiento del 52. Ambos hacen aportaciones valiosas. Pero aun en este último caso se escoge un punto de partida sin criterio histórico (sin considerar el antecedente inmediato que es el movimiento

autonomista de 1915), y se procede a narrar la historia oaxaqueña contemporánea en forma negativa, acumulando aseveraciones acerca de lo que no fue, utilizando para ello un modelo ideal de lo que debió ser. Se parte de la "inexistencia de un campesinado rebelde" en 1910 sin explicar el porqué de ese hecho que parece fundamental en cuanto condicionante del desarrollo político ulterior. Y se reduce a un pie de página el dato central de que la propiedad comunal constituía todavía entonces 66% de la tierra cultivable.

Quizá eso sea aceptable desde el punto de vista de la disciplina. Yo no sé cuál puede ser realmente la diferencia entre una sociología que aspira a captar el cambio histórico de las estructuras y la historia de las estructuras sociales. Tengo la impresión que más que deslindar esa diferencia, conviene pensar cómo vamos a estudiar la historia (el cambio) mediante la sucesión de estructuras, por definición estáticas. Esto —es obvio— rebasa lo que legítimamente se les puede reclamar a los autores del libro. Por lo pronto, habría quizá que hacer un esfuerzo por atar cabos sueltos y por ligar varias de las contribuciones aisladas por lo menos con las interrogantes que no podíamos hacernos antes. ¿Cuál es la relación entre los precios de garantía de los que se vale el Estado para subsidiar la urbanización y la migración del campesino? ¿Qué relación existe entre la migración y la recampesinización por un lado, y la nueva combatividad agraria del campesinado actual? ¿Si se explota al campesino fundamentalmente a través del mercado, por qué el movimiento agrario no contempla una transformación de las relaciones mercantiles? En fin de cuentas muchas cosas quedan aún por historiar es decir —según el sentido antiguo de la palabra— por investigar en Oaxaca todavía.

RODOLFO PASTOR

